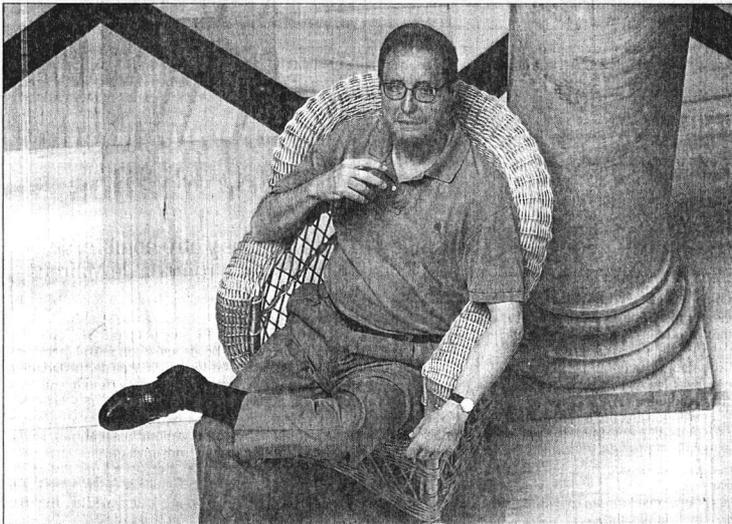




«El sevillano, como buen andaluz, es muy individualista, de ahí ese aire de cerramiento que tiene la ciudad»
 «Los burgueses de Sevilla lo son de cartón piedra. Sevilla es muy teatral, le gusta mucho aparentar» «El pregón de Semana Santa lo da hoy cualquiera, no pasa como con el pregón taurino, que lo ha dado gente de categoría»

«El sevillano no quiere perder el espíritu de señoritismo»



CARLOS MÁRQUEZ

JUAN MIGUEL VEGA

SEVILLA.— Doctor en Filosofía por la Universidad de Sevilla, Daniel Pineda Novo (Coria del Río, 1942) se presenta en la solapa de su último libro —Gelves y Fernán Caballero— como 'investigador, poeta, ensayista y crítico', obviando curiosamente la palabra 'escritor', pese a que probablemente es la que mejor retrata a un hombre que acumula setenta y cinco publicaciones, eso sí, dedicadas a la investigación, la poesía, el ensayo y la crítica. Desde todos esos campos, el que fuera discípulo aventajado de Santiago Montoto aborda en la siguiente entrevista ese complejo asunto llamado Sevilla.

Pregunta.— ¿Qué es Sevilla?

Respuesta.— Una entelequia. Es según como la miremos; decía don Santiago Montoto que Sevilla es una mujer hermosa pero con las uñas sucias. En efecto, Sevilla es una mujer de una gran belleza, pero que hay que cuidar y mirar para sacarle ese carácter esencial que tiene: la sevillanía.

P.— ¿Y qué es la sevillanía?

R.— Desde mi punto de vista es un sentido aéreo, fino, sensible. Son los valores fundamentales de la ciudad. Es una filosofía, una apertura ecléctica, no intermedia, hacia el europeísmo. No hay que olvidar esos dos momentos de universalidad en la historia de la ciudad: el siglo de oro y, más recientemente, los años veinte y treinta, cuando aquí cuajaron todas las vanguardias; cuando venían a Sevilla grandes escritores como Jean Cocteau, cuando se daba el toreo de Joselito y Belmonte o cuando Ignacio Sánchez Mejías reunió en el Ateneo a la generación del 27. La sevillanía es, por tanto, una prolongación universal planteada en un sentido netamente sevillano, desde el arte a la poesía, pasando por los valores cívicos y religiosos.

P.— ¿Entonces por qué ese tópico de ciudad cerrada en sí misma que pesa sobre Sevilla?

R.— Sí, se ha criticado mucho eso a Sevilla. Y se pone como ejemplo a la Feria, que mucha gente de fuera define como clasiesta y cerrada. Pero es que el sevillano, como buen andaluz, es muy individualista, de ahí ese aire de cerramiento que tiene la ciudad. Es una ciudad acogedora, pero entre comillas. También es verdad que ahora hay más cerrazón por la cantidad de pícaros que están llegando a la ciudad y el sevillano, que siempre ha sido un hombre desbordado, tiene miedo y está un poco traído y hurao.

P.— ¿Qué queda algo en la ciudad del esplendor cultural de los años veinte?

R.— Físicamente, nada, pero espiritualmente se está volviendo a aquella época. La poética actual está volviendo a Juan Ramón y a Machado. El escritor sevillano del siglo XXI es muy deudor de todos los grandes maestros de los años treinta. Por ejemplo de José María Izquierdo, que a su vez influyó mucho en Luis Cernuda. Izquierdo publicó en 1912 un poema en prosa en *El Correo de Andalucía* titulado Luna

«Hay que aprovechar más la zona de la Cartuja para hacer una ciudad moderna y no estropear el casco histórico»

de Parasceve que influye en un poema de Cernuda. Todavía estamos bebiendo de aquella época. Incluso al peñidista le interesan más aquellos años que los actuales.

P.— Eso significa que hoy no hay gente de esa categoría, claro.

R.— No, claro. Es que entonces estaba esa Universidad que tenía a Pedro Salinas, a Guillén y a don Ramón Carande, que se parecía a Pío Baroja... a éste último yo lo conocí cuando tenía ochenta años y se me lamentaba de que Sevilla ya no era Sevilla, la ciudad había perdido sus grandes tertulias literarias.

P.— Reconocerá que aquello no fue normal. ¿A qué se debió, una conjunción astral o lo motivó algo humano susceptible de repetirse?

R.— Creo que fueron dos momentos políticos: el directorio de Primo de Rivera, contra el que se agrupan los intelectuales, y luego la República, que también fue una época fecunda e intelectualmente interesante. Después vendría la guerra civil que lo destruye todo. Aquellos hombres están asimilando las vanguardias que llegan de Europa. Están haciendo revistas como *Mediodía*, *Renacimiento*... y están asimilando a Juan Gris y Picasso en pintura, a Cocteau en literatura. Todo eso llega a Sevilla el año 26,

cuando a muchas ciudades de Europa aún no había llegado.

P.— ¿Qué cortocircuito la conexión que llegó a tener Sevilla con las vanguardias?

R.— El hombre se ha hecho burgués. Al tener esta falsa democracia, que yo llamo 'dedocracia', que tenemos, el escritor se ha aburguesado. Por lo visto no tiene ni que reaccionar contra nada ni que criticar a nadie. De ahí que en la novela se esté volviendo a cosas medievales, con esa moda que han impuesto los ingleses sobre el Santo Grial y todo eso; que no es la primera vez que se da. Eso en realidad es del postromanticismo. Ese tipo de literatura la trajo a Sevilla a principios del siglo XX un poeta decadente y plúmbeo, pero que tenía muchísimo dinero: don José Lanarquero de Novoa, quien por cierto le encargó a Juan Ramón Jiménez unos dibujos para ilustrar un libro suyo.

P.— ¿No es una paradoja que con la trayectoria vanguardista de Sevilla los escritores necesitaran salir de ella para no sentirse atrapados?

R.— El localismo te sepulta y te arrinconas. A mi maestro, Santiago Montoto, los hermanos Álvarez Quintero le decían continuamente que se fuera a Madrid, donde, al ser la capital del país y de la cultura,

«Le repito lo que decía Joaquín Romero Murube: la piqueta demoleedora se está cargando Sevilla»

siempre ha habido más posibilidades para publicar, para hacer teatro, para todo. Claro hay personas que se quejan aquí y se pierden. Cernuda, por ejemplo dio afortunadamente el vuelvo, si no lo hubiera hecho hubiera acabado reducido a ser simple un poeta local.

P.— ¿El aburguesamiento que advierte en los escritores lo aprecia también en el conjunto de la ciudad?

R.— Sevilla es una ciudad burguesa y está marcada por la burguesía, sin embargo no ha tenido, como Barcelona, una clase burguesa que fundara empresas y creara empleo. La esencia del aburguesamiento sevillano la vemos en las casetas de la Feria y en las procesiones de Semana Santa, donde van todos esos señores estirados con sus medallas y sus cosas. El sevillano no quiere perder el espíritu de señoritismo que ha tenido siempre. A lo mejor es un señor que está trabajando en una oficina y gana cuatro euros, pero se pone su traje y su corbata y quiere aparentar lo que no tiene. Sevilla es una ciudad muy teatral. Se advierte en su ambiente cotidiano.

P.— Entonces nuestros burgueses no son verdaderos burgueses.

R.— Lo son de cartón piedra. Ya le digo que Sevilla es muy teatral. A Sevilla le gusta mucho aparentar.

P.— ¿La creación se nos está yendo en procesiones?

R.— Sí, Sevilla está muy volcada a la cosa de pregones, cofradías y cosas de esas. Yo creo que hay que mirar más hacia el lado espiritual de Sevilla, pero desde el punto de vista cívico y humanista.

P.— Es curioso que haga ese alegato contra los pregones alguien que ha dado más de cien.

R.— En efecto. Los he dado porque me tenía que dar a conocer, y ese era un camino esencial que había en Sevilla. Y claro, todos pasamos por ahí. ¿Quién no ha dado pregones? Aquilino Duque, Manolo Barríos, Antonio Burgos o Manolo Ferrand. Todos hemos pasado por eso.

P.— Pues así llegamos al inevitable pregón de la Semana Santa.

R.— Yo creo que el pregón de la Semana Santa lo da hoy cualquiera, no pasa como con el pregón taurino, que lo han dado gente de mucha categoría, como Andrés Amorós. Aunque Boadella no me dijo nada con su pregón. Un señor que se ha reído de Sevilla y encima viene a cobrar medio millón o lo que le pague la Real Maestranza...

P.— ¿El pregón taurino...?

R.— Sí, es de cobrar.

P.— Volvamos al pregón de Semana Santa.

R.— Lo da cualquiera, eso es una cosa de política del Consejo de Cofradías. Yo no lo daría nunca.

P.— ¿Por qué?

R.— Porque no entro en esa órbita, aunque si me lo pagasen muy bien, lo daría. Ahora de medallitas, de copas y de cuadros... paso ya. Estoy muy por encima de eso.

P.— ¿Le dolió que pasaran los años y nunca se acordasen de usted?

R.— No, cuando tenía treinta años sí me hubiese gustado darlo, hoy con sesenta y cinco, no. Han jugado con los sentimientos de muchas personas. Yo no pertenezco a ninguna cofradía ni le hago pelotilla a nadie. No vengo a reuniones desde hace mucho tiempo; antes venía porque había que codearse y relacionarse, pero ahora me quedo en mi casa, alejado de esa pseudosevilla.

P.— Está usted duro, eh?

R.— Sí, pero no estoy resentido. Simplemente, es mi opinión.

P.— Frente a esa pseudosevilla está surgiendo ahora la Sevilla de la modernidad, ¿le gusta?

R.— Sevilla tiene que progresar. A partir de la Expo del 92 la ciudad tuvo otra cara. Yo creo que hay que aprovechar más esa zona de la isla de la Cartuja para hacer una ciudad moderna y no estropear el casco histórico, que es el alma de la ciudad.

P.— Pues hay quien dice que se lo están cargando.

R.— Sí están destruyendo Sevilla. Hay barrios, como San Lorenzo o el Museo, que todavía tienen cierto encanto, pero se está perdiendo el carácter arquitectónico y conceptual de las fachadas que daban un carácter especial a la ciudad. Hay barrios, como Triana o la Macarena, por los que no se puede pasar. Le repito lo que decía Joaquín Romero Murube: la piqueta demoleedora se está cargando Sevilla.